

## ABONO 4 2017/2018

### FRANZ JOSEPH HAYDN [1732-1809]

#### Sinfonía nº 94, en sol mayor, Hob. I/94 «La sorpresa», 1791

¿Es posible anticipar una sorpresa y pretender que siga sorprendiendo? Esta sinfonía, *hit* del periodo londinense del compositor vienés, se conoce con su «spoiler» así que nos predispone a la alerta, como a niños de viaje: «¿es ésta la sorpresa?, ¿falta mucho?»

«La Sorpresa» es uno de sus motes. Otro, más ajustado: «la Sinfonía del golpe del timbal» [*Sinfonie mit dem Paukenschlag*]. Nadie como Haydn para interpelar a su audiencia: regatea lo predecible, lo incómodo. Un maestro de la atención inteligente, de lo que hoy alguien vendería como «escucha activa».

Para exponer estas notas me he permitido una contra-sorpresa: un intercambio de cartas imaginarias entre Maria Anna von Genzinger [esposa del médico del Príncipe Esterházy, a cuya corte también pertenecía nuestro músico] y el propio Haydn. Sus relaciones, sólo epistolares, fueron fecundas y significativas entre 1789 y 1792, año en que ella falleció aún joven.

Aclaro que estas cartas son **ficticias** [no sus hechos; asimismo, he introducido anacronismos útiles como Internet o la tarta Sacher] y sirven al propósito de acompañarte por esta vivaz pieza de relojería de un sesentón [con espíritu sesentañero] que se resetea con un cambio de aires, de público, de prestigio. Afortunado Haydn y, por qué no, quizá él mismo el primer sorprendido.

Londres, 1792

Mi noble y respetada Frau von Genzinger,

¿Recuerdas cuando no hace apenas dos años te escribía que me sentía un pobre muchacho desamparado, añorando tiempos pasados, sus fiestas...? Oh, mi ánimo ha cambiado tanto como las nubes sobre el Támesis de esta urbe que con tanta hospitalidad me acoge.

Sí, mi muy venerada Marianne, el éxito inglés me hacer sentir pleno! Como sabrás, mi contrato con el empresario J. P. Salomon era por dos temporadas en Londres. Hemos culminado la primera y con esta flamante primavera a las puertas hemos estrenado sinfonía.

Cuánto me complacería que la escuchases, querida niña, seguro que podrías arreglar algo para tocar al pianoforte y deleitar a tus pequeños! Te mando un enlace para que la escuchéis. Desprende humor, suspense... y una pizca de *morriña*. ¡Aquí la han ovacionado!

Por lo demás mi vida social sigue ajetreada, así que disculpa si abrevio estas letras: debo ponerme mi peluca, maquillarme y sentarme ante la partitura sin dilación – ya sabes que no me inspiro en zapatillas—. Imagina, incluso Herschel, un músico nombrado Astrónomo Real por Su Majestad el rey Jorge, me ha

invitado a conocer su Observatorio no lejos de Londres. ¡Espiar las estrellas, los planetas! ¿Qué te parece, querida? ¿No suena tan exquisito e inesperado como la propia Creación?

Bien pensado, ya vivo como una estrella aquí, radiante al compartir estos momentos con un espíritu delicado y talentoso como el tuyo. Saluda a tus amados niños de mi parte y mi mayor respeto a tu esposo Leopold.

Tuyo atentísimo Q.B.L.M,

Franz Joseph von Haydn

Mi muy admirado Herr von Haydn,

Estos días ha hecho tan mal tiempo en Viena que agradezco esas buenas noticias desde su isla. He escuchado su flamante Sinfonía esta misma mañana y ya le adelanto qué me debe usted una vajilla de café.

Con los primeros compases del *Adagio-Vivace* me detenía con las maderas, como si me hiciesen una pregunta. ¡Y qué ganas de seguir escuchando! Y esa modulación hasta el tema, una de sus muchas travesuras con la tonalidad! Siempre tan ambiguo y juguetón, mi afable maestro, no hay quien pille a un vienés en un renuncio! Cuando lo creía trágico sin remedio... zas, ¡era todo máscara!

Estoy acostumbrada a los sobresaltos en sus obras, son como sentarse sobre un resorte de esos juguetes para niños. ¡Pero esta vez se ha excedido! En el *Andante* estaba tarareando *Twinkle, twinkle little star* con mis hijos –no me negará haberse inspirado en esa tonadilla–, sirviéndome un café para acompañar una *Sachertorte* y con semejante estruendo de timbal allá se fue la cafetera sobre las tazas! Nos hemos reído muchísimo, pero la vajilla ya no tiene arreglo. ¿Cómo se le ocurre una cachiporra tras esos compases, si me permite, algo aburridos? ¿Sospecha que las damas se le duermen en la platea? ¿Quiere acabar con alguien de un infarto? ¿Acaso con su pupilo, Pleyel, también en Londres con ánimo de rivalizar?

Con las irisadas variaciones del resto del movimiento hemos recogido la porcelana rota. Mis hijos lo han pasado bomba fingiendo tocar trompetas y tambores. Juzgo un acierto incluir los bronces en una sección lenta, la vigoriza. Sé que le halagará saberlo.

Hemos bailado descalzos todo el *Ländler* del minueto. Con el *Finale* nos hemos sentado todos despeinados a tomar café frío. Me he topado con una crítica de esta Sinfonía suya en un diario londinense y mi doncella Rhian, que es galesa, me la traduce:

«Podría no ser inapropiado comparar la Sorpresa con la escena de una hermosa pastora que, adormecida por el rumor distante de una cascada, da un respingo por el disparo repentino de una escopeta de caza.»

Mmm, creo conocer su carisma burlón y me desentona eso. ¿Una escopeta de caza? Una botella de espumoso diría yo, señor, o unos fuegos artificiales! Me lo imagino a usted en recepciones con caballeros y damas pálidas haciendo girar sus sombrillas; casi lo veo recibiendo su doctorado *honoris causa* en Oxford muy solemne, ah, sí, pero con las mejillas encendidas y la mente en un *scherzo*.

Me encantaría disfrutar de una etapa de viajes creativos como la suya pero mi sitio, como sabe, está aquí en Viena, junto a mi esposo. De vez en cuando, en el piano, doy rienda suelta a una inspiración que me aleja de mis obligaciones familiares; me llego a sentir como en ese lienzo de una artista francesa, Marie-Guillemine Benoist, *La inocencia entre el vicio y la virtud*. ¿Lo conoce? He compuesto una sonata inspirada en ella, tal vez si pudiese escucharla la apreciaría...

Con la máxima veneración y cariño,

Marie Anna Sabina von Genzinger

### **PIOTR ILICH CHAIKOVSKI [1840-1893]**

#### **Concierto para violín y orquesta, en re mayor, op. 35, 1878**

El sensible Piotr había perdido a su madre siendo adolescente y aquella mujer de rutilante fortuna, la viuda Nadezhda von Meck, apareció en su buzón para ofrecerle no un amorío sino regazo económico y golosina intelectual. La relación fue a veces tensa, nunca resuelta carnalmente: como saben las guionistas de series, el truco para que algo dure. Platónica hasta el punto de que, una vez terminado el patrocinio financiero, ambos siguieron misteriosamente unidos y murieron con meses de diferencia.

Intercambiaron más de 1000 cartas entre 1876 y 1890 y algunas fotos, aunque el «Instagram» de la época era escueto. Se entrevistaron una vez, de lejos. Piotr Ilich Chaikovsky aceptó casarse con una alumna creyendo «solucionar» así una homosexualidad tratada como delito por entonces. Trató de suicidarse.

A los 3 meses se separan y él se retira a Clarens, Suiza. Acaba de terminar su Cuarta Sinfonía, la ópera «Evgeni Onegin» y un matrimonio *fake*. Lo acompaña un violinista, Yosif Kotek. En pocos días Chaikovsky apura este concierto sísmico y decide dedicárselo a otro virtuoso, Leopold Auer, tal vez para acallar a una sociedad homófoba.

Auer lo calificará de «intocable» por su dificultad extrema, y lo estrenará en Viena A. Brodsky en 1881. Con su habitual vitriolo, el crítico Hanslick le dedica esta sinestesia: «apesta al oído».

[No serían de esa opinión directores como Radu Mihăileanu, el chino Chen Kaige o el músico Bill Conti para las cintas «El concierto», de 2009, «He ni zai yi qi» [Juntos, de 2002] ou «Elegidos para la gloria», 1983, respectivamente,

que en el siglo XX emplearon fragmentos de este concierto como banda sonora. En el «El Concierto» será de hecho uno de los cables conductores de la trama, y de ahí su título].

Chaikovsky escribe semanalmente a su invisible mecenas —existen tales misivas—, pero estas notas se complementan con la licencia literaria de **dos cartas ficticias** entre ambos. Una aproximación diferente a este hoy célebre concierto, que comenzó como patito feo a orillas del Lago Lemán.

Clarens, marzo-abril 1878

Cuánta alegría me proporcionan sus cartas, mi apreciada amiga Nadezhda Filaretovna, en estos días de deshielo. Componer aquí es un placer, entre caminatas salpicadas de flores silvestres y, si bien me sigue preocupando si habrá guerra en Rusia, la eclosión de la primavera y los fraseos de mi concierto para violín me absorben casi por completo.

Apuesto a que este concierto será de su gusto, algo diabólico. Y no me recuerde su ateísmo: lo he escrito sólo para manos de diablo. Como sabe, mi formación fue al piano; es nuestro buen amigo común Yosif quien me asesora. Él me ha traído la *Symphonie Espagnole*, de Lalo: me ha seducido que no profundiza demasiado sino que se deja llevar por la belleza de las melodías. Así me estoy dejando llevar yo.

Lo he dividido en tres partes. Tal vez sustituya la sección lenta por una *Canzonetta*, siguiendo el consejo de Modest y Yosif.

Una introducción orquestal se inflama y deja paso a la *cadenza* del olímpico violín hacia el tema principal. El violín es un instrumento que veo como un amigo o como un enemigo, no sé, debe de ser una de mis neurosis, querida amiga. No me he cortado ni un pelo y me he dejado llevar por senderos serpenteantes, escaleras que descienden para ascender, remolinos de hojarasca y brotes de almendro, rápidos y remansos, tormentas y tornados. El héroe solista debe atravesarlos todos y avasallarnos en el clímax final.

No creo a ningún violinista en el mundo capaz de acometer este 1er movimiento sin sudar a chorros pero es ley de vida: nadie se enfrenta al destino, al *fatum*, sin agotarse.

Suyo afectísimo,

Piotr Ilich Chaikovsky

Mi queridísimo amigo, tan conocido como desconocido,

Como bien sabe descreo del matrimonio, y se lo dice alguien que ha dado a luz a 13 criaturas. Creo no obstante en la unión de dos almas afines, como son la suya y la mía. El correo, su música y mi solvencia nos permiten esta relación

extraña y aérea como ese violín que escucho en su concierto, como un pájaro de las nieves, un *snegir* capaz de volar de las montañas suizas a Moscú.

Me recuesto mientras escucho esa sublime *Canzonetta* por la que ha optado para el 2º movimiento. Ya sabe que mi primera impresión de su fantasmagoría para violín fue nefasta. Sin embargo esta melancolía con el violín en sordina, como velado, lejano, me recuerda a nuestra amistad velada, lejana. Y no menos estimulante, como un buen vino. Sé que no concordará conmigo, usted sostiene que la música es revelación, no embriaguez. Pero, ay, déjeme saborear mi oporto y mi *fatum*!

¿Pensaba usted en alguien con esta *Canzonetta*, querido Piotr Ilich? ¿Alguien amado, alguien imposible? Prefiero no saberlo. Como le dije en su momento, aborrezco a su ex mujer por haberlo hecho a usted infeliz, pero la aborrecería aún más si le hubiese hecho feliz.

¿Y me dice que ha compuesto esta *Canzonetta* en un solo día? ¡*Carpe diem*, amigo! Me he dejado llevar en esa góndola de la transición al 3er movimiento, sin notarlo, alegre como unas campanillas de trineo. Y aunque me hallaba sola, sin más compañía que mi samovar y la nueva novela de Tolstoi, me he sentido en medio de una gran fiesta. Incómoda a veces, lo confieso, no soy devota de las fiestas ni del vodka. Demasiada Rusia oigo ahí, demasiado *trepak*. Algo echa usted de menos de esta tierra dura.

«¡Rusia! ¡Rusia! ¡Te veo, te veo desde este prodigio que es mi maravillosa lejanía!», como escribió el gran Gógol desde Italia en «Las almas muertas». ¿Se identifica?

Le deseo toda la suerte a este caramelo envenenado para virtuosos. Ojalá ellos o ellas le den larga vida. No sea malo y escríbame también de otros temas. Hablemos de la Tatiana de su *Onegin*, de si lo estrenará Rubinstein.

Con afecto y fervor,

Nadezhda von Meck

### **BÉLA BARTÓK [1881-1945]**

#### **Música para cuerda, percusión y celesta, Sz. 106, 1937**

Que las matemáticas son el alfabeto del Universo es una de las citas más repetidas de Galileo. La idea de traducir la naturaleza imitando sus patrones matemáticos germina de manera intuitiva en la música y se formaliza sobre todo en el s. XX, con I. Xenakis.

Hacia 1905, en su recorrido por bosques y aldeas húngaras como etnomusicólogo [la hermosa profesión que se inventó] es probable que Béla Bartók recogiese, además de melodías populares, piñas caídas. Se dice que en su estudio siempre había. El crecimiento en las brácteas de una piña –como

nuestra galaxia, la Vía Láctea— sigue un diseño de espiral logarítmica. Se ha visto en ella a una logarítmica especial, el número áureo:  $\varphi$  o *Phi*.

Es cierto que la sucesión de Fibonacci rige en la disposición de inflorescencias, las semillas de girasol o la famosa piña, así como en otros patrones de crecimiento. Sin embargo, no hay evidencias de que Bartók compusiese calculando el número áureo o Fibonacci. Era un músico introspectivo con rasgos de Asperger – o así lo ha radiografiado D. Cooper en una biografía reciente— y de genio meticuloso.

Y cierto que su música puede ser cerebral; pero qué hay de malo en ello si toda espontaneidad, curiosidad y pasión no nacen sino en el cerebro.

Una de las obras que nutre ese –me permito el escepticismo– mito matemático en Bartók es la «Música para cuerda, percusión y celesta». Encargo del suizo Paul Sacher, magnate farmacéutico además de músico, tres años antes de que Béla y su mujer, la pianista Ditta Pasztory, emigren a Estados Unidos.

El resultado impacta. La atmósfera que nos hace respirar es de otro planeta. Se cuida la disposición espacial [la escucha binaural en sala es idónea]: dos orquestas de cuerda separadas por piano y celesta. Como un *concerto grosso* del Barroco. De los cuatro movimientos, el primero explora una obsesión por la simetría. Sus 88 compases [88 como teclas en un piano o constelaciones reconocidas por la IAU, bellas pero meras coincidencias] forman una fuga, de La a La. Lenta fuga de caracol. La abren violas con sordina y a ellas se volverá.

Los meandros melódicos y armónicos desembocan en un clímax a partir del cual se repliegan sobre sí mismos, telegrafados por una celesta alienígena. Los defensores de la sucesión de Fibonacci nos recuerdan que 89 pertenece a la secuencia [88 compases+ 1 de silencio], al igual que 55, el compás del clímax.  $89 / 55 = 1'61818...$  es una aproximación a *Phi*.

El 2º movimiento en forma sonata es una danza vertiginosa sobre un piano golpeado como un tambor, aligerado por el *pizzicato*, alternancias en el compás y timbales telúricos marcando la entrada a arpas y xilófono.

Y será el tintineo del xilófono lo que abra el 3er movimiento. Una frase palíndromo como lo es todo este *Adagio* [ABCDEDCBA]. ¿Grillos de un crepúsculo bajo primeras estrellas? Al compositor le gustaban los insectos y este nocturno poblado de vuelos y vida al acecho es magnético. Una magia intrigante, *glissandi* de timbal, arpa, celesta y piano como constelaciones en un monte a oscuras...

Y sí: imágenes de Jack Nicholson chaveta perdido en el hotel nevado de «El Resplandor», de Stanley Kubrick, 1980. Es una de sus piezas musicales más desasosegantes.

Bartók guarda para el *Allegro molto* final al recolector de bailes campesinos, aquí imposibles de seguir, transfigurados: un ritmo búlgaro compite con el tema

del 1er movimiento, enriquecido y conmovedor, como el semillero rotatorio de un girasol en los campos de una galaxia espiral.

El damasquinado de celesta, arpa, xilófono, piano y timbales hila en esta obra una textura sonora abisal, de ritmo inimitablemente «bartók» [nada que añadir], pero de estructura no menos extraordinaria: juegos con simetría, palíndromos y, quizás –lo dejamos en conjeturas–, cifras doradas ocultas en una humilde piña de bosque. Bosque que presagia la huida, la guerra.

Estíbaliz... Espinosa, outubro 2017

Estíbaliz Espinosa